



HISTORIAS DE ASLOGH

PRIMER LIBRO



Aslogh... ¿Qué es Aslogh? ¿Qué tan grande, violento y divertido son estos reinos? ¿Qué de guerras, historias, amores, traiciones y fiestas habrá por todo el territorio? Todo esto solamente se podrá saber leyendo todas las historias que irán saliendo. Ya sean las historias más largas o estas recopiladas en historias cortas. Pero todas tienen mucha importancia. Algunas te gustarán más, otras te gustarán menos, y otras te podrán hacer llorar o reír. Por eso debéis de leerlos todo para entenderlo, para conocer los Reinos de Aslogh y poder soñar en que zona te gustaría vivir.

Jamás se ha podido cartografiar todo lo que existe. Nadie ha podido dar la vuelta al reino, y si algúne lo ha hecho no ha dicho nada. No se sabe cuántas criaturas, cuántos dioses, ni la de magia escondida que habrá allá por los lugares más tenebrosos y peligrosos.

Adéntrate, enamorate y enfádate con estos reinos. Son tuyos, y no son de nadie.

Cuidado por donde pisas. Mira a los lados antes de girar la esquina de la mazmorra y ve siempre preparada para pasar a la acción.

VIVIR UNA AVENTURA

El mago Hiru se disponía a salir del pueblo de las halflings, pero como era de esperar, y él ya lo sabía según puso un pie allí, el pequeño Yolce le estaba siguiendo para poder irse con él a vivir fuera de su pueblo. Su pasión y su alegría siempre hacían que el mago quisiera llevarle con él, pero su inocencia e ineptitud en el combate ganaba a la alegría y pasión. El joven estaba escondido en un árbol, como siempre. El mago le llamó y este salió con la cabeza gacha, pero con una gran sonrisa, nunca perdía esa sonrisa.

— Yolce, ¿otra vez? Ya sabes que no puedo llevarte conmigo, se lo prometí a tu familia — le regañó el mago, aunque su tono era juguetón — ¿Por qué quieres venirte? No entiendo porque pones tanto empeño en salir de tu pueblo...

— Porque quiero descubrir nuevas cosas, Hiru. ¿No estarías aburrido de estar siempre en el mismo sitio? Todos los días lo mismo. Ya me he cansado, quiero vivir una gran aventura y que mi nombre sea recordado por todos los reinos que existan. — Hiru suspiró al escuchar aquellas palabras, entendía al pequeño Yolce, pero él no sabía lo que hay fuera de su pueblo.

— ¿Sabes acaso lo que hay allí fuera, Yolce? Hay muchos peligros, la vida allí no es nada tranquila. Tienes que enfrentarte a... — Yolce le cortó con un quejido antes de que pudiese seguir hablando e intentando meterle miedo para seguir viviendo en el pueblo.

— Para ya, Hiru — Yolce estaba cabreado, algo que jamás había visto Hiru. Ver a un halfling cabreado le sorprendió bastante y dejó que el joven expresase su furia con palabras — Siempre igual. Claro que se los peligros que existen fuera de aquí.

Siempre nos los cuentas, incluso habrá muchos que no nos cuentas por no preocuparnos, no soy tonto, Hiru. Quiero salir de aquí. Lo necesito. Quiero ser libre y vivir esas experiencias por mi propia cuenta, no que tengas que contarme tú las historias. Sé que soy joven, ¡me doy cuenta cada vez que me levanto! Pero

no por eso debes de tratarme así, como si no supiese nada de lo que hay fuera. Déjame ir contigo, por favor.

Hiru suspiró, el joven estaba en lo cierto y eso le dolió bastante al mago. Había hecho sentir mal a su amigo y no quería que se volviese a repetir. Siempre le había tenido más aprecio que a las demás. Yolce siempre estaba intentando jugar o sonsacarle información de fuera. Siempre era el primero en venir a darle un abrazo y el último en despedirse de él. Hiru estaba arrepentido por todo y se lo expresó como mejor pudo.

— Lo siento mucho, Yolce. Me he portado mal contigo al tratarte así. Sé que eres un joven que se desenvolvería bastante bien fuera, pero me da miedo perder a un amigo allí. Ya he perdido demasiadas amigas y no quiero perderte a ti también. Así que vamos a hacer un trato, ¿vale? — los ojos del halfling brillaron al escuchar aquellas palabras y su cabreo se esfumó de inmediato. Se acercó un poco hacia él y puso toda la atención que podía en las palabras que iba a decirle — La próxima vez que vuelva, te dejaré que vengas conmigo, así verás el reino con tus propios ojos.

El halfling empezó a dar saltos de alegría y a dar pequeños chillidos agudos que destrozaban los tímpanos del mago. Este le frenó con una mano y siguió hablando:

— Pero tú debes prometerme que entrenaras. Que empezarás a practicar para estar preparado para el exterior. ¿Me lo prometes?

— Sí, sí, sí, claro que te lo prometo, Hiru. — Yolce no paraba de sonreír y de imaginar cómo sería la aventura que vivirían juntos. Un pensamiento le frenó en seco — ¿Y cuándo vas a volver por aquí?

— Tan impaciente como siempre, pequeño. No tardaré mucho, tengo unos asuntos que hacer. Dicen que hay espíritus merodeando por algunas ciudades y debo ocuparme de ellos. No tardaré, lo prometo.

Los dos amigos se fundieron en un abrazo cálido y se separaron, a la espera de volver a verse y poder viajar juntos. Yolce se fue feliz, en cambio, Hiru estaba confuso por aquel viaje con Yolce. No sabía aún cómo lo haría, pero iría con él

de viaje, aunque fuese uno corto. Mientras caminaba fuera de aquel bosque que rodeaba el pueblo dijo en alto, como para que se le quedase en la memoria:

— La próxima vez debo de contarle la verdad sobre las halflings.

AGUAS ROJAS

Ya nos avisaron de esto hace años. Todo acabaría mal, no debimos aceptar aquel pacto con los magos de la luz. Nunca hay que fiarse de un dragón, y aun así lo hicimos. Decidimos ser parte de su ejército, seríamos sus salvadoras en los ríos, en el mar e incluso en algunos pantanos si ellos querían que lo fuésemos. No éramos parte de su ejército, éramos sus esclavas en la guerra.

Habíamos pasado de atacar barcos para comernos a sus tripulantes a rescatarlos. Bueno, depende de quienes fuesen. A veces nos mandaban atacar algunos barcos y otras rescatarlos. Éramos las marionetas de un dragón y de sus magos. Hace tanto que no probamos la carne humana que hasta parece que nos estamos debilitando...

Era esto o ir a la guerra contra humanas, elfas y todas sus aliadas que no eran pocas, ni tampoco débiles, ya que tenían demasiados trucos y una magia que nunca supimos de dónde salía.

Y ahora dime, ¿qué podemos hacer? Vamos a ir a la guerra igualmente. Nosotras éramos felices. ¿Qué podemos hacer? Dime Diosa de las Almas, ¿qué nos depara el futuro?

“Bosques negros. Ciudades verdes. Aguas rojas”

RÁPIDO Y VIOLENTO

Karmath seguía su transcurso habitual: los guardias hacían sus rondas por las calles principales para que no hubiese incidentes, los comerciantes montaban sus puestos de frutas, armas, libros, alquimia y objetos encontrados en ruinas o saqueados a cuerpos de exploradores, las familias caminaban hacia sus trabajos con las caras bajas por tener que madrugar y los ladrones merodeaban en busca de algún bolsillo distraído con una gran suma de dinero. Todo era como siempre, se dijo a sí misma Anna Curty, la centinela del grupo “Asalta Goblins”, grupo lleno de antiguos guerreros que lucharon en las batallas contra los goblins. Su cabello rubio como el sol, ondeaba por aquellas avenidas repletas de gente que se apartaba al paso de aquel grupo de centinelas, dejándoles un pasillo para que nadie les rozara siquiera. Todos allí conocían a la violenta y sanguinaria Anna, pues en aquella ciudad se contaban muchas de las historias que ella misma iba contando en los bares cuando bebía más de la cuenta. Cuando ella luchó en las guerras goblins fue la que más goblins asesinó, incluyendo a quienes hicieron prisioneros y a civiles que huían por las guerras. Se decía que su espada había matado a más goblins que cualquier otra criatura, incluso más que un dragón. Al cabo de los años la hicieron centinela, pues ya no había guerras, excepto ahora que el ejército iba de camino a las Montañas Trolls para luchar contra aquellas criaturas que habían traspasado las fronteras humanas que ellas mismas habían decidido poner hace años para que ninguna de aquellas criaturas pudiera acercarse demasiado a los humanos, ya que les temían al ser tan grandes y con un aspecto muy poco humano. Todo esto le cabreaba a Anna, quería participar en aquella guerra, no sería la primera vez que mataba a uno de esos trolls, pero en vez de ello debía estar custodiando la ciudad donde, como mucho, podría pelear contra un ladronzuelo que robaba alguna fruta. Ella debía proteger la ciudad, la ciudad más protegida y segura de todos los reinos humanos. Hasta en el alcantarillado había centinelas, ya que muchos ladrones se escondían allí para repartirse el botín con sus compañeros, o

bien para poder huir si la cosa se ponía complicada. El rostro de Anna estaba rojo y sus nudillos estaban blancos de apretar su espada con todas sus fuerzas, que se decía que no era poca ya que pudo matar a un orco a puñetazos y sin ningún arma. Hoy, especialmente, daba más miedo de lo normal, si es que era posible aquello, y la gente lo notaba, por eso el pasillo era más amplio de lo normal. Hoy nadie se atrevía a mirarle a los ojos, ni los comerciantes, ni las familias que bajaban a comprar, ni tampoco sus propios compañeros, toda la gente de allí la temía.

Los gritos no se escuchaban allí arriba, donde la ciudad seguía como siempre. Las cabezas humanas rodaban por el alcantarillado en dirección a las aguas fecales y allí flotaban hasta perderse en las profundidades de aquella asquerosa y maloliente alcantarilla. Aquellas criaturas pequeñas y verdes fueron rápidas y muy violentas, como debía de ser en aquellas situaciones, como un saqueo o el asesinato de un rey, rápido y violento. Como un asalto, que era de lo que se trataba, un asalto a la ciudad más importante de los reinos humanos. El grupo de asaltantes subieron las escaleras que daban a la calle, aunque no abrieron todavía la tapa que daba a una de las calles, todavía no, debían esperar a la señal, aunque eso suponía un peligro para quienes estaban allí, ya que otro grupo de centinelas podría pasar por allí y dar la voz de alarma, eso les ponía nerviosos, pues deberían volver a luchar y esta vez no sería por sorpresa y podrían sufrir alguna baja en aquella absurda batalla en las alcantarillas.

No les temblaba el pulso, no podían permitírselo, no es ese momento tan importante. No podían estar nerviosos en el momento que podría cambiar la historia. El momento de su mayor venganza. La matanza humana llegaría después de tantos y tantos años de guerras, emboscadas, asesinatos y fuego en las casas de los goblins. Después de años de creerse dioses de todo, de asesinar a otras razas por el mero hecho de no tener un aspecto humanoide, o porque su “Dios” le dio la legitimidad de asesinar a muchas razas y clanes. Esa es otra

historia, esa es la historia de cómo matarían a su Dios, y hoy matarán humanos, no dioses.

El mercado de la avenida Sangus era un caos total, no había ningún rincón sin gente gritando o peleándose por alguna fruta. El mercado era el sitio perfecto para los ladrones, algo que hacía especialmente ilusión a Anna, ya que tenía que vigilar aquellas calles al menos poder encontrar a algún ladrón para poder sacar toda su furia con él en cualquier callejón sin que nadie le molestase, “son delincuentes, se merecen todas las palizas que les de la guardia” siempre se decía por el mercado, ya que la gente no podía disfrutar tranquila de aquel día sin tener que echar la mano a su bolso a cada rato. Y ese día, Anna tuvo la oportunidad de presenciar un robo, algo que le hizo sonreír en todo lo que llevaba de guardia. Era un crío, no mediría más de un metro y poco, vestía con una capucha que lo tapaba entero, algo que le hacía aún más sospechoso, iba encorvado y era delgadito, llevaba unos guantes de seda que habría robado a otra persona en otro momento. Anna pudo ver sin ninguna duda como aquella mano fina y rápida metió la mano en el bolsillo de un señor adinerado y sacó una bolsa de monedas. La matagoblins se frotó las manos al ver aquella situación, era su gran oportunidad, solamente trabajaba de guardia para poder repartir su rabia con todos aquellos ladrones. Siguieron al chaval hasta un callejón, donde seguramente se cambiaría de ropa y se escabulliría por los callejones hasta desaparecer de la marabunta de gente que afluía por el mercado.

—¡Eh tú, maldito ladronzuelo! — gritó Anna mientras se quitaba los guanteletes y los dejaba tirados en el suelo. Dejó su espada a uno de sus compañeros y se fue a grandes zancadas hacia el muchacho. A ella le gustaba mucho pegarse sin armas, y más sabiendo que aquel ladrón no tendría más de quince años. El muchacho no le hizo caso y siguió su camino, algo que enfadó aún más a Anna. La guerrera le agarró del hombro y le giró para poder golpearle en la cara, en ese momento pudo ver que no se trataba de un niño, sino de un

goblin con su nariz picuda, su piel verde como el césped del palacio y una larga sonrisa con sus colmillos bien afilados para el momento. El goblin fue rápido y sacó su espada corta de un bolsillo que tenía oculto en su túnica. Anna al ver que era un goblin intuyó el ataque, sabía que ya no se trataba de un simple ladrón, era un goblin, y los goblins no se lo iban a poner nada fácil, por eso se echó para atrás para esquivar el ataque del pequeño goblin que iba con la espada directamente al estómago. Al esquivar el ataque, Anna saltó hacia delante pegándole con la rodilla en la cara, haciendo que su nariz se partiese y sangrase, para luego volver a golpearle en la mandíbula dándole un par de puñetazos que lo tumbó en el suelo. Enganchó del cuello al goblin para seguir golpeando hasta poder matarlo, no tuvo esa suerte, un goblin saltó desde los tejados haciendo a la guerrera un tajo en la mano para soltar a su compañero, ella soltó de inmediato y al mirar hacia atrás en busca del otro goblin pudo ver que eran dos, quien le había cortado y otro que se interponía entre ella y el grupo de guardias que estaba al final del callejón, ni siquiera los guardias miraban esta situación, estaban allí para no dejar que ningún mirón pudiese cotillear sobre aquella paliza a un ladrón y dejar en peor situación social a Anna y a los centinelas. Era algo muy habitual entre centinelas, aunque esta vez había sido un error fatal no echar un vistazo a la pelea, pues Anna ahora se encontraba en un 3 contra 1 en un callejón y ella sin ninguna arma. La humana huyó horrenda del callejón para avisar a sus compañeros. Una mano le agarró de la muñeca para frenar a la humana, al no conseguirlo le cortó la espalda haciendo un corte poco profundo. Se zafó con rapidez de la mano y esquivó el golpe de hacha del segundo de los goblins con una finta rápida y elegante. El último de los goblins, que se interponía entre la libertad y la muerte, le apuñaló el pecho con su espada, haciendo una grave herida que tocó hasta el omoplato, provocando un grito de terror, dolor y angustia. Los centinelas se giraron a mirar y pudieron ver aquella sangrienta escena, que ya no era la pelea entre ladrón y guerrera, era una emboscada goblin. Los centinelas corrieron hacia su compañera para ayudarla, pero ya era tarde, los goblins la tenían en el suelo llena de heridas, cuchilladas,

hachazos y golpes, le habían deformado la cara y arrancado la melena rubia llevándose un trozo de piel con la melena. Los goblins huyeron al ver a los centinelas y estos fueron corriendo a recoger del suelo a Anna para ver si seguía con vida. La matagoblins no paraba de murmurar “emboscada” una y otra vez, cada vez con más sangre en la boca y con los ojos en blanco, o al menos lo que parecían los ojos ya que le habían golpeado varias veces en la cara y no sabían dónde estaba cada parte de su cara. Los centinelas fueron en busca de los goblins y para dar la alarma de que había goblins en la ciudad, aunque un trío de goblins tampoco podría provocar el caos en aquella ciudad tan segura y perfecta.

El Sol estuvo resplandeciente todo el día, ni una nube se veía en el cielo, era el día perfecto para el mercado, ya que cuando llueve se suele inundar la avenida y se lleva algunos puestos con las inundaciones. El Sol ya no brillaba, algo que hizo que toda la ciudad mirase hacia arriba para poder observar que una bola enorme de fuego se acercaba con peligrosidad al centro de la ciudad. El golpe de la bola de fuego contra la ciudad destruyó la mayoría del mercado, ya que las casas se derrumbaron y la gente que sobrevivió al golpe pudo huir presa del pánico esquivando a los demás entre empujones y golpes. El pánico y el caos se habían apoderado de las calles de la ciudad, las casas se caían a cachos y los goblins por fin pudieron salir de las alcantarillas, los gritos de pánico eran la señal que tanto estaban esperando mientras estaban abajo escondidos. Salieron en estampida, con sus armas en mano y cortando los cuellos de todo aquel que tuviese la mala suerte de encontrarse con ellos. Algunos goblins, los que estaban un poco más alejados de donde cayó la bola empezaron a quemar casas, ya que por allí no había destrozos, hasta que los goblins no salieron de las alcantarillas para destrozar todo lo que fuese humano.

Los humanos corrían sin saber que hacer ni donde ir mientras que los goblins tenían muy claro todo “asesinar e incendiar” ese sería su lema. Los goblins no tenían piedad, mataban todo humano que veían, les cortaban las

gargantas o les atravesaban el corazón con sus lanzas. Con los centinelas y los valientes que se atrevían a plantarles cara tardaban un poco más en matarles y les hacían sufrir más, como todas aquellas veces que los humanos habían atacado sus ciudades y nunca tuvieron piedad con ellos. Los civiles corrían sin saber donde esconderse y los centinelas intentaban sofocar algunos puntos de la ciudad donde se encontraban más goblins, mientras que por los portones de la ciudad entraban los mamuts con goblins encima disparando flechas, no podían defender el portón y la ciudad a la vez, los goblins lo sabían, y menos cuando su ejército estaba en otra de sus guerras estúpidas para tener más territorio.

Los humanos lo único que hicieron fue movilizar a todos hacia el interior del castillo, solo a quienes se encontrasen en el camino, los demás serían carne de hacha. Desde el castillo podrían defenderse mejor del ataque, ya que el castillo estaba totalmente preparado para aquellas situaciones.

El rey llamó a su guardia personal, que se componía por los mejores guerreros de toda las naciones humanas, y les empezó a gritar las órdenes. El rey llamado Gus, con su pelo largo y canoso, su barba recortada por los mejores barberos de la ciudad y su piel blanca como la nieve, le hacían mayor, pero su fuerte cuerpo lo hacía parecer joven, ya que fue un gran guerrero hace años que combatió en todas las guerras pasadas y jamás fue herido, o eso es lo que se dice en la ciudad, ya que poca gente lo ha visto en las batallas.

— Sacad a Raymunt de su mazmorra, la necesitamos ahora mismo para que mate a esos pieles verdes mugrientos. Los demás protejan el castillo y avisad a los magos para que hagan magia. No se, algún hechizo que cubra el castillo o mierdas así, ¡no soy mago leñe! No se que hace esa gente aparte de leer libros. Lo que quiero es que este castillo sea intocable, ¿de acuerdo? — el rey estaba alterado, jamás se había visto en una situación así, nadie había recibido una emboscada goblin tan grande en siglos. Todos en la sala se quedaron callados y quietos, no podían creerse que dijese que había que sacar a Raymunt, debía de ser un error por la presión y el miedo a una muerte rápida.

— Alteza...— pudo carraspear uno de los guerreros personales del rey — ¿A Raymunt? Aún hay gente en la ciudad. Es una locur... — Gus no le dejó terminar la frase a que no le importaba lo que le pudiese decir aquel guerrero.

— Sí, Marcus. Eso les asustará y saldrán huyendo de mi ciudad, no tienen nada que hacer contra Raymunt, ¿qué harán? ¿Invocar a su Dios inexistente? — el rey hizo gestos como si estuviese rezando a alguien y soltó una carcajada — Además, la ciudad ya da igual, y los ciudadanos también, si no les mata la dragona lo harán los goblins, así qué ¿qué más da? Ya están muertos. Esos goblins vendrán hasta el castillo, donde está lo que andan buscando, el dinero. Todo el mundo quiere dinero, monedas, oro y joyas. Y lo más importante, aquí se encuentran los tesoros que les robamos hace años, vendrán aquí enseguida y la dragona los matará de inmediato. — Explicó Gus a todos, aunque nadie le había pedido aquella opinión, a nadie le importaba eso, solo querían vivir — Ahora haced lo que os he dicho, ¡vamos! — bramó Gus a la sala y todos corrieron a hacer sus tareas dejando al rey solo en el trono.

Los magos del castillo se juntaron en la torre más alta. La llenaron de libros, pócimas y algunos pergaminos antiguos. Entre todos crearon un escudo púrpura alrededor del castillo, pero dejando las pequeñas murallas para que los arqueros pudieran disparar hacia los goblins, ya que el escudo no permite atacar tampoco a los de fuera desde dentro de él. Las casas, las tabernas, los negocios y los cuarteles fueron quemados y saqueados, en ese orden, ya que les parecía divertido coger las cosas cuando había fuego. Cuando ya se aburrieron de destruir toda muestra de civilización humana se acercaron al castillo, teniendo allí una lucha sangrienta contra los guerreros que los custodiaban, aunque con la ayuda de los mamuts fue fácil placar la primera tanda, aunque la segunda pudo derribar algún mamut gracias a cuerdas y a sus lanzas. Los magos goblins se sentaron alejados de la batalla. Empezaron a hacer plegarias al suelo donde habían dibujado un símbolo circular con sangre y pintura verde. Todo aquello, la batalla, el escudo, los magos... No tardaría mucho en esfumarse. Un rugido atronador, y que todo el mundo sabía de quién era, resonó en el campo de

batalla. Goblins y humanos pararon y miraron hacia arriba, en dirección al rugido de Raymunt. La dragona se aproximaba a toda velocidad, embistiendo a todo lo que había en el campo de batalla. Los humanos intentaron huir, pero las garras de aquella dragona tenía para todo el que estuviese luchando. Para ella no había aliados, solamente cadáveres. Los goblins huyeron y los humanos, los que habían sobrevivido al primer y feroz ataque de la dragona, lo celebraron con mucho recelo.

Los magos goblins seguían sin moverse y empezaron a farfullar una palabra repetidas veces “Zarr”. Los guerreros se pusieron pálidos, ¿existía Zarr? ¿Iban a invocarle? No podía ser verdad, no existía ningún Dios goblin, siempre lo decía el rey, que solo existe un dios y es el suyo. Raymunt volvió al cielo para atacar de nuevo a quienes estuviesen en tierra. Sus grandes alas doradas, con sus escamas llenas de cicatrices y un cuerno encima de su nariz, volvía a la carga para asestar un último golpe. La guardiana del reino estaba allí, pocas veces defendía a los humanos, ya que tampoco les interesaba su raza, odiaba a todas las razas y solamente le importaba su gran fortuna guardada en alguna de sus mazmorras. Raymunt cayó en picado hacia los goblins haciendo que pocos sobrevivieron al golpe que les arremetió con su enorme cola de pinchos. Los goblins se metieron de nuevo en las alcantarillas donde estarían más seguros, ya que era difícil romper el suelo para tener que encontrarle, aunque nunca había que fiarse de la rabia de una dragona. Raymunt fue a golpear de nuevo a los goblins aunque falló, ya que un gusano gigante arremetió contra ella tirándole al suelo. Era Zarr, un gusano marrón verdoso, lleno de pinchos grandes y afilados, y con una boca capaz de romper el cielo si era necesario. Zarr agarró por el cuerpo a Raymunt y le golpeó contra el suelo varias veces hasta que ella se pudo escapar de sus colmillos arañando su boca por dentro.

— Vayámonos, esto ya no es asunto nuestro. Ahora es una batalla de titanes — gritó uno de los brujos mientras borraba con el pie las marcas que había hecho para invocar al gusano.

— Nosotras nos quedamos con Zarr — bramó un grupo de guerreras goblins — Zarr nos ha salvado de aquella odiosa dragona, se lo queremos agradecer a nuestra manera.

— Es un suicidio, lo sabéis, ¿no?

— Sí, lo sabemos. Pero si no morimos, o incluso solamente le hacemos un corte profundo se nos recordará por siempre como el grupo de matadragones — sonrió pícaramente una goblin — Merece la pena intentarlo por ver qué historias se inventan de mí los cuentacuentos. Los brujos se acercaron al grupo que iba a morir frente a la dragona y tocaron frente con frente, después se dieron dos besos y con una palabras en su idioma se despidieron. Les acababan de bendecir. Los brujos se perdieron entre las ruinas y ahora les tocaba dar paso a las bestias.

Las goblins se subieron a Zarr con una rapidez y una agilidad que ningún humano podría haberlo hecho. Se apoyaron en sus pinchos para poder subir mejor por el tronco de Zarr. La dragona volvió a atacar al gusano, que ya estaba listo para un segundo choque, cosa que aprovecharon las goblins para intentar subirse al cuerpo de la dragona. Antes de que chocaran las bestias soltó una descarga de llamaradas eléctricas a Zarr, que no le afectó en absoluto, en cambio, sí que fulminó a muchas goblins. Zarr esquivó el golpe que tenía previsto hacer la dragona con sus garras y una goblin en ese preciso momento saltó, saltó sin saber si llegaría al cuerpo herido de la dragona, pero pudo llegar gracias a clavar su espada en una de las escamas, que ni siquiera llegó a notar Raymunt. Zarr y Raymunt volvieron a chocar, colmillos contra garras, y la goblin aprovechó para escalar por el cuerpo hasta llegar a una de las alas de la dragona. La guerrera miró al cielo, besó su espada y desgarró la membrana del ala de la dragona haciendo un corte largo por todo el ala, haciendo que ahora fuese inútil y ya no pudiese volar. La dragona cayó al vacío mientras rugía de dolor y la goblin cayó con ella, sabiendo que ella no sobreviviría a la caída. Chocaron las dos contra el suelo, la dragona se quedó conmocionada unos segundos y la goblin había sido espachurrada por la dragona herida. Zarr

aprovechó aquella confusión para volver a morder a la dragona, esta vez en el cuello con intención de matarla, aunque esta pudo darle un zarpazo en el ojo y desviar su ataque al dejarle malherido de un ojo. La dragona cogió posición y agarró con sus garras al gusano, clavándole sus pinchos por el cuerpo, aunque eso no le paró. Se giró sobre sí misma y se puso detrás de Zarr, justo en la nuca, donde acabó con el gusano de un mordisco y unos cuantos zarpazos. Zarr cayó provocando un pequeño temblor en toda la ciudad ya destruida. La dragona se desmayó encima del gusano y los humanos salieron para ver si podían ayudar en algo a quien le había salvado la vida y el castillo, aunque los humanos fuesen insignificantes frente a una dragona de esas dimensiones.

Pasó el tiempo, no mucho, un mes aproximadamente, la ciudad estaba todavía en reconstrucción, pues aquella batalla había costado más de la mitad de la ciudad destruida y quemada, por no hablar del daño económico en las granjas y comercios. El ejército todavía no había vuelto de la guerra en las Montañas Trolls, ni siquiera debían de saber lo que había pasado en su preciada ciudad. Seguían desprotegidos, pero dudaban que volviesen a atacarlos los goblins. Sus precauciones fueron poner trampas, y más centinelas, en el alcantarillado y a la dragona a merodear a los alrededores de la ciudad, ya que ella también seguía cabreada con los goblins y quería su venganza. Raymunt alertó de que un humano a caballo se acercaba a toda velocidad de camino al portón principal. El rey en persona se acercó hasta el portón para hablar con su guerrero, que debería de traer noticias de la guerra en las montañas.

— Hola, guerrero. ¿Qué está pasando en las montañas? ¿Cómo va la guerra contra esos trolls feos? — preguntó el rey.

— No ha empezado la guerra... — Todo el mundo dejó de murmurar. Llevaban meses fuera y todavía ni había empezado. Se quedaron mirando al guerrero para que les diese más explicaciones del por qué — Nos atacaron los winus antes de llegar. Luego se acercaron los trolls para darnos el último golpe... Hemos perdido, señor. Los humanos no somos los reyes de nada. Ni nuestros dioses nos quieren. Hemos perdido todo...

SEIS MONOS

— ¿Cómo hostias habéis llegado a esta situación? — preguntó Arty a los seis monos que llevaba encima mientras seguía corriendo de la asesina. Las gotas de sudor caían encima de los monos que estaban heridos y llenos de heridas, al igual que Arty que estaba lleno de heridas, cortes y alguna quemadura.

Los siete corrían entre la maleza de aquella mazmorra llena de árboles tropicales y helechos. El suelo lleno de barro iba dejando las huellas de Arty que provocaba algún que otro resbalón por culpa del agua y el cansancio que llevaba encima. Tenía suerte de que aquellos monos fueran pequeños y no pesaran más de 5 kilos, si no le sería imposible transportarlos a cuestas.

— Venga, humano. No seas tonto, no quiero matarte a ti — la voz de fondo se escuchaba como si estuviese a su lado y a la vez como si estuviese en el fondo de la mazmorra — Me parece muy bonito lo de querer salvarles, incluso podría decir que me atrae, pero esta no es tu batalla, amigo. No hagas esto más difícil. ¿No me los quieres entregar?

Arty iba a contestar pero una veloz mano de uno de los monos le tapó la boca y con su cabeza le negó para que no contestara. La cara de aquel mono demacrado estaba asustada y aquello hizo entender al humano que lo hacía por algo más que para no caer en su provocación. Ya había visto, aunque fuese por unos segundos, el poder y la destreza de aquella mercenaria. Y sabía de sobra que jamás podría ganarle en una pelea cuerpo a cuerpo, y a distancia también tenía dudas de poder ganar. El humano siguió esquivando ramas y piedras hasta encontrar un hueco entre un helecho rodeado de algunas rocas y otras plantas. Dejó a los monos en el suelo y se puso de cuclillas con su espada apuntando hacia el único hueco del escondite. Los monos se tumbaron en el suelo y empezaron a cuidarse las heridas chupándose unos a otros.

— Hola, amigo — la voz sonó al lado de Arty que dio un grito y arremetió con la espada al aire donde no se encontraba la mercenaria, ya que

había usado algún truco. El grupo se miró y salió corriendo del agujero donde se habían escondido. Nada más salir de allí la mercenaria apareció lanzando un conjuro en el que salía una mandíbula enorme, como de un ogro, que se comió el escondite donde se encontraban. — Vaya, habéis salido. Que bien. Venga, amigo, vete. No te guardo rencores por hacerme trabajar de más.

— Son unos pobres monos, porque quieres matarlos, ¿qué hostias te han hecho? — gritó Arty mientras caminaba hacia atrás con pasos cautelosos.

— ¿A mí? A mi no me han hecho nada. A mi me pagan por matarles y llevarles con su dueña. Incluso te diría que son inocentes, ya que quien me paga es una ricachona que los querrá por capricho o por venganza de salir del cautiverio, ¿verdad, Pilo? — uno de los monos sacó los dientes y de ellos salió una especie de humo morado — ¿Ves? No son normales, tendrán magia o algo así. No te metas en esto, no te conviene. Eres joven y seguro que estás buscando secretos en mazmorras y ruinas, esto te viene muy grande.

— No voy a dejar que los mates. Son inocentes.

— Vaya, veo que no vamos a poder ser amigos — la elfa sacó de su bolsillo una piedra que se convirtió en una guadaña — Antes de matarte dime tu nombre. Me gusta saber el nombre de quien voy a asesinar.

— Me llamo Arty. Y a mi también me gusta saber el nombre de la elfa de mierda que voy a decapitar.

— Ay, que gracioso eres, cariño — la elfa empezó a reírse y darse palmadas en el muslo mientras seguía riéndose — Nunca he perdido una batalla, pero siempre hay una primera vez. Mi nombre es — la elfa saltó sobre Arty con la guadaña a su espalda para cortarle la cabeza con el impulso — Diana.

Arty se cubrió la cara con su espada, pero no recibió ningún golpe delantero. Ahora la tenía detrás y la guadaña estaba a punto de rozar su cuello, por suerte, Pilo lanzó un mordisco hacia el filo de la guadaña y pudo echar para atrás la guadaña dejando un rastro morado alrededor de Arty.

— ¿Qué está pasando aquí? ¿Cómo hostias es tan rápida? ¿Y tú por qué usas la magia? — Pilo sonrió levemente para después desmayarse en el hombro de Arty — A la mierda, no voy a poder contigo. Eres demasiado fuerte...

— Así me gusta que te rindas y dejes esta estúpida pelea. Deja a los monos en el suelo y vete. Sin rencores — las orejas puntiagudas de la elfa dieron un respingo al ver como Arty iba dejando a los monos en el suelo y una gran sonrisa se salía sin darse cuenta de ello. En cuanto los dejó en el suelo Arty corrió hacia la elfa con la espada de frente contra la elfa, que lo esquivó en el último segundo. — Vaya, no te rindes por lo que veo. Te estás haciendo muy pesado.

Arty giró sobre sí mismo intentando cortar el cuello. La elfa volvió a fíntar, y siguió fíntando sus ataques mientras Arty no paraba de atacar sin ningún resultado positivo. Diana en una de sus fíntas vió que ya no estaban los monos, algo que la cabreó mucho y saltó un corte que arrancó parte del hombro de Arty. El joven dió unos pasos atrás agarrando su hombro que ahora estaba lleno de sangre y podía verse el cuello después de aquel tajo tan profundo.

— ¡Me tienes harta, hijo de mil arañas! Voy a matarte ahora mismo — la elfa desapareció y apareció a la derecha de Arty para cortarle con su guadaña por la mitad. El humano fue rápido y paró el corte con la espada, que no tardó en salir volando por la fuerza que tenía aquella elfa, pero pudo salvarse de la muerte. Arty sonrió en el suelo y la elfa corrió, a una velocidad para nada normal para ser una elfa, saltó sobre él y este le lanzó barro a la cara para poder esquivar el golpe. Rodó por el suelo y sacó una botella de cristal cerrada con una especie de silueta de dragón dentro de ella.

— Nos vemos en el inframundo, Diana — lanzó el bote contra el suelo y una explosión de llamas llenó toda la mazmorra. El fuego se propagó por todos lados, la elfa se libró de las quemaduras por alguna especie de magia protectora o algún amuleto, pero la explosión si que le hizo volar por la mazmorra hasta chocar contra una piedra. Una silueta envuelta en fuego saltó sobre ella mientras

intentaba levantarse. Era Arty que lanzó una estocada a su estómago clavando la espada bastante profundo — Nos morimos juntas, ¿te parece?

El cuerpo de Arty estaba en llamas y su cara estaba siendo quemada a cada segundo. El dolor hizo que se desmayara y cayera al suelo dejando la espada clavada en el estómago de la elfa.

— Ojalá mueras, Arty, porque te pienso encontrar y matar sino. Te voy a matar, pedazo de mierda humana — la elfa gritó eso y desapareció con un conjuro y Arty se quedó entre las llamas siendo devorado poco a poco por ellas. Él ya no podía moverse por las quemaduras y el dolor del hombro y la explosión.

Los monos llegaron en cuanto el fuego se iba extinguendo por culpa de la humedad y la elfa ya estaba en otro lugar, o bien muerta por la espada de Arty. Uno de los monos se puso en su pecho y con las manos le curó la herida del hombro con rapidez. Después de eso se lo llevaron fuera de la mazmorra para poder ayudarlo. No les costó mucho sacarlo, ya que aunque eran pequeños tenían bastante fuerza, al igual que tenían una magia incontrolable y poderosa, que podía hacer sufrir incluso a la elfa mercenaria.

Ya fuera de la mazmorra los monos consiguieron algunas hierbas para curar sus quemaduras más graves para que no muriera allí mismo, después de ganar a la elfa y salvar sus vidas no iban a dejarle morir allí. Ahora serían sus compañeros y no dejarían que le pasase nada malo. Tenían una gran deuda con él y ahora serían un equipo. Esta es la historia de Arty Seis Monos.

LOS REINOS DE ASLOGH SON INMENSOS, Y POR LO QUE SE DICE, NADIE LOS HA PODIDO RECORRER ENTEROS. POR ESO, AQUÍ TENÉIS ALGUNOS RELATOS QUE OCURREN POR TODO EL REINO.

EN ESTE FANZINE SE INTENTA JUNTAR RELATOS PARA CONOCER TODO. SIRENAS, GOBLINS, HUMANES... TANTAS COSAS QUE VER TANTO POR LEER

